

FOXÁ Y LOS EFÍMEROS

Por *AQUILINO DUQUE GIMENO*

I. FOXÁ Y LOS EFÍMEROS.

Hace años apareció en Barcelona una interesante recopilación de textos titulada *Falange y literatura*, precedida y acompañada de los correspondientes comentarios críticos. Su autor, José Carlos Mainer, compaginaba cierta admiración literaria por unos textos de calidad innegable con cierto distanciamiento hacia sus autores, incluso hacia aquellos que ya habían iniciado su “adaptación” a los tiempos que se barruntaban, como Torrente Ballester. Yo comenté ese libro con un artículo titulado *Reivindicación del conde de Foxá*, que me publicó la revista *Insula* y que posteriormente recogí en mi libro *Metapoesía*. La publicación de ese artículo mío en *Insula* tuvo sus más y sus menos, ya que Foxá no estaba bien visto en tal revista, y José Luis Cano me dijo que el título era demasiado reaccionario. El título era “reaccionario” en efecto porque lo había plagiado de Juan Goytisolo, que por aquel entonces había publicado una *Reivindicación del conde don Julián*, exaltación de la figura del traidor, execración de la España cristiana y alabanza de la morisma y de su “tolerancia sexual”; en fin, los temas con los que hizo carrera este escritor. Tampoco se apresuró *Insula* a publicar un artículo que en aquellos años escribí sobre *La casa encendida* de Luis Rosales, que tardó nada menos que todo un año en aparecer. Ni Rosales ni Foxá estaban bien vistos en *Insula*, y yo quise aprovechar el poquito de caso que se me hacía en esa revista para que a ellos se les hiciera

también, al mismo tiempo que le ajustaba las cuentas a Mainer. Naturalmente éste replicó y fui desaconsejado de contrarreplicar, por la sencilla razón de que el director de la revista, don Enrique Canito, detestaba las polémicas.

Cuento todo esto, ya que es importante que se sepa cuáles eran los mandarinatos literarios en aquellos años de 1970 a 1973 y qué clases de habas cocían en cada uno de ellos. Posiblemente en *Cuadernos Hispano-Americanos*, que por entonces dirigía don José Antonio Maravall, destacado intelectual falangista, me habría sido más fácil publicar mis artículos. Eso para mí no tenía mérito; yo lo que quería era enterar de quiénes eran Rosales y Foxá a unos lectores que no sabían o no querían saber nada de ellos.

No voy a reiterar aquí lo dicho tantas veces sobre los auténticos mandarinatos de aquellos años, que son los mismos de ahora, con el agravante por parte de éstos que además ocupan los resortes del Estado y los medios de difusión tanto oficiales como oficiosos. Entonces, si no me querían en *Insula* me podía ir a *Cuadernos Hispano-Americanos*. Ahora sería como ir de Herodes a Pilatos. Eran los tiempos de la poesía de Celaya y de Otero, del teatro de Buero y de Sastre, de la novela de Goytisolo y Hortelano; y estaba muy mal visto hablar de Sánchez Mazas, de Eugenio Montes, de Rosales, de Panero o de Foxá.

A Foxá yo lo conocía y lo admiraba por sus maravillosas crónicas de *ABC*, donde a veces aparecía también algún que otro poema suyo ilustrado por Sáenz de Tejada, y cuando entré en contacto con el grupo gaditano de la revista *Platero*, la poesía del conde tenía entre nosotros entusiastas y epígonos como Julio Mariscal, el poeta de Arcos. Fue entonces cuando tuve acceso a *El almendro y la espada*, y en ese libro a unos versos que era fácil aprender de memoria, cosa que entonces hacíamos mucho los jóvenes poetas.

Pero Foxá era poeta no sólo en sus versos y en sus crónicas, sino en su teatro, en sus relatos y en el nutrido anecdotario de su vida de diplomático bohemio. En el teatro tuvo éxito con *Cui-Ping-Sing*, fábula dramática entre la pantomima oriental y la *fiaba* del también conde Carlo Gozzi, y con *Baile en Capitanía*, drama romántico en verso con el fondo de las guerras carlistas. En la narrativa publicó en *ABC* un largo cuento de ciencia-ficción: *Hans y los insectos*. También publicó otros, alguno trufado en

exceso de tópicos taurinos, pero *Hans y los insectos* raya a muchos codos sobre todos los demás. Dejó a medio hacer una novela de la guerra mundial ambientada en los Balcanes, y hecha del todo *Madrid, de corte a checa*, que yo llamé una vez “espléndido esperpento frustrado”. En realidad debí decir “espléndido esperpento truncado”, porque las primeras páginas (“Zambra y revuelo en la Cacharrería del Ateneo. Llegaba don Ramón con sus barbas de Padre Tajo, sucio, traslúcido y mordaz. Hablaba a voces contra el general Primo de Rivera...”) no tienen continuidad estilística, y a mí como lector entonces no me bastaba con el homenaje liminar a aquella caricatura literaria, sino que quería seguir por el mismo camino deformante, como si el lenguaje y la sintaxis de Valle-Inclán sonaran bien en otro que no fuera él. A partir de ese momento, Foxá se sale de la literatura y se mete en la realidad, es decir, en lugar de pasarse el resto de la novela entre el Ateneo y los espejos deformantes del callejón del Gato, sale a Puerta Cerrada, a la plazuela de los Carros, a las calles del Conde y del Cordón, a un Madrid castizo próximo al Palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio de Estado, en cuyo Gabinete de Cifra estaba destinado el protagonista, trasunto del autor. El realismo de Foxá en esta novela es un realismo concreto, a diferencia del realismo abstracto de cierta novelística que asoló España a partir de los años 50. Tan concreto es, que al reeditarse el libro más de medio siglo después, lo releía yo en Madrid y me daba un vuelco el corazón al llegar a este párrafo: “Fue a verla; la había refugiado en una portería de la calle de Cervantes, vecina a la casa reconstruída de Lope de Vega. Su ventanuco daba al muro cerrado de las Trinitarias, donde rezumaba el sol triste de la tarde”. Esa casa no es otra que el número 9 de la calle de Cervantes, única de toda esa calle desde cuyo portal se puede ver, al cabo de la calle transversal de Quevedo, el muro de ladrillo de las Trinitarias, que está en la calle paralela de Lope de Vega. Era justamente la casa en que me encontraba yo cuando releía esa descripción tan escueta.

Otro de los relatos de Foxá se titulaba *Viaje a los Efímeros*, y era una alegoría de la relatividad del tiempo situada entre el cuento filosófico y la ciencia-ficción. En ese país de los Efímeros, el tiempo se acelera vertiginosamente y lo que en nuestro mundo tarda siglos enteros en pasar, pasa allí en unos segundos. A los Efímeros les

preocupaba el Tiempo y la Muerte, pero más les preocupaba la operación de reescribir la Historia, de suerte que el efímero Gobierno de turno pudiera desacreditar a todos los Gobiernos que lo habían precedido, tan efímeros como él. ¿Era consciente Foxá de adelantarse a la realidad? ¿O era que en su vagabundaje por las cancillerías había visto lo suficiente para deducir por qué leyes se rigen los regímenes políticos?

No hay hombre de Estado, por grande que sea, cuya obra no deshagan sus herederos. Toda construcción política es precedera; tiene una duración limitada. Por eso resulta por lo menos grotesco el culto de tal o cual Constitución o Ley Fundamental, cuya letra ponen sus autores por encima del espíritu de la Nación, es decir, algo que es efímero por principio por encima de algo que es permanente por naturaleza.

Estos efímeros de la política nunca están solos, sino que van acompañados por los efímeros de la cultura, y en unos y otros causa enorme desazón el retorno de un eterno, vale decir, de un clásico. Todos los que reaccionaron con rabia o con embarazo ante la reimpresión de *Madrid, de corte a checa*, son efímeros temerosos del tiempo y de la muerte que además no están muy seguros de que su fama vaya a sobrevivir al ocaso de sus ideologías.

Uno de los efímeros de Foxá, cuyo nombre no diré pues fue muy amigo mío, me comentaba indignado los funerales del conde diciendo que parecía que se hubiera muerto Lope de Vega. Este efímero, que poco antes de morir cosechó importantes laureles, es harto improbable que tenga un retorno como el que tiene Foxá, y es que Foxá nunca se fue, como creo haber demostrado más arriba. El retorno espectacular de Foxá obedece a un cálculo mercantil. El editor contó con cierto reflujo hacia la verdad histórica y el gusto literario después de algunos años de mal gusto y de mentiras políticas, y resulta que acertó y el libro de Foxá figura entre los libros más vendidos. Agustín de Foxá es el único autor duradero que figura en una lista formada exclusivamente por escritores efímeros. Hasta ahora, yo concebía el Infierno como una biblioteca formada por los libros más vendidos actualmente en los diversos idiomas que conozco.

Más de una vez he dicho que el humor es uno de los grandes conservantes de la literatura, un conservante que, por definición, no está al alcance de los efímeros. Estos en cambio usan un producto

que les da mucho resultado a corto plazo, que es el lubricante; el lubricante es para los efímeros lo que el conservante para los duraderos. No hay efímero que no pase lo que yo llamo la prueba de la baba: de la baba política y de baba lúbrica, y a esa doble prueba ha de someterse hoy por hoy todo el que aspire a figurar en la lista de autores más vendidos, es decir, más jaleados y promocionados.

II. FOXÁ, MALAPARTE Y LA “ENVIDIA MIMÉTICA”.

Todo el que habla de Foxá, lo haya o no conocido, se cree en la obligación de contar sus anécdotas u ocurrencias, unas auténticas y otras apócrifas, de suerte que su personalidad humana y literaria viene a reducirse a un centón de chascarrillos. En su célebre, inverosímil y amena obra *Kaputt*, Curzio Malaparte transcribe largas conversaciones con Foxá en francés cuando ambos están de observadores y corresponsales en el frente finlandés, y en un momento fugaz, que al lector puede pillar distraído, el italiano hace un aparte y dice de Agustín: “Troppo spiritoso per essere veramente intelligente”. En alguno de sus grandes artículos, menciona Agustín de paso a Malaparte y anuncia que le debe una réplica por su *Kaputt*. Que yo sepa, esa réplica no llegó a darse, puede que por la confesada pereza del conde, así que es difícil saber en qué discrepaba Agustín de la semblanza que el otro trazara de él. De todos modos, Malaparte aporta su granito de arena a la fama de ingenioso de Foxá, a la vez que insinúa que el ingenio guarde proporción inversa con la inteligencia. De Foxá se dijo en su día que era un lujo de la diplomacia, pero no faltó quien creyera que se trataba de un lujo demasiado gravoso. Entre los embajadores a cuyas órdenes sirvió hubo división de opiniones; por dar nombres, hay dos muy significativos, los de José María de Areilza y Javier Conde. Hoy, en esta “hora de los enanos” de la memoria senil, resulta que la totalidad de los españoles somos antifranquistas de toda la vida con efecto retroactivo, incluso aquellos que con “lealtad inquebrantable” sirvieron al Régimen desde puestos de la máxima responsabilidad, y con esa misma desenvoltura incluimos en la nómina a los que, como es el caso de Agustín de Foxá, dejaron este valle de lágrimas cuando el susodicho Régimen gozaba de una salud inmejorable. A más le uno le gustaría reducir al

conde al papel de bufón o, dicho sea en italiano que resulta más fino, *mosca cocchiera* de la España en la que le tocó vivir.

El mérito del libro que ahora presentamos trasciende esa, digamos, visión caricaturesca de Foxá, entre otras cosas porque su autor lo confeccionó en unas fechas tan poco sospechosas como la segunda mitad del decenio de 1960, fechas en que nadie tenía aún necesidad de retocar la historia reciente. El entonces joven alumno de la Escuela Diplomática don Luis Sagrera tuvo a su disposición materiales de primera mano y no se vio obligado a fantasear sobre el personaje a partir de conjeturas gratuitas y chismes de dudosa procedencia. Sagrera tenía a su disposición los testimonios de la madre y los hermanos de Agustín, los expedientes del Ministerio y los artículos y entrevistas con que sus contemporáneos iluminaron su figura desde todos los ángulos. La entrevista, por ejemplo, que le hizo a Foxá Marino Gómez Santos, y que se encuadra en las grandes entrevistas que hizo este periodista en el diario *Pueblo* a los personajes más destacados de la vida literaria madrileña, debió de ser para el joven Sagrera una fuente caudalosa de datos y de observaciones pues, como él mismo dice, tal vez fuera Marino “una de las personas que más acertadamente ha captado la personalidad de Foxá”. A mí este libro me hace pensar en otro de corte parecido que es *Infancias y muerte de Federico García Lorca*, de Marcelle Auclair, puesto en español por Aitana Alberti, en el sentido de que la etopeya del poeta se completa con un estudio atento de su obra literaria. Sagrera se ocupa de todas y cada una de las obras de Agustín de Foxá en los diversos géneros que cultivó y llega incluso a hacernos un resumen de los más destacados de sus magistrales artículos de prensa. Del mismo modo y con la misma delicadeza con que la Auclair alude a los “dramones” que el pobre Federico llevaba por dentro, Sagrera alude a las desdichas de la vida privada de Agustín, que pueden explicar un hilo de amargura en su visión irónica de las cosas.

Todas las personas que yo he llegado a conocer que tuvieron amistad con uno u otro de estos escritores, o con los dos, me han transmitido de ambos una imagen risueña y bienhumorada. Bien a la vista está que a la hora de la verdad, fuera la de la creación o la del amor y la muerte, cada cual llevó su cruz por su calle de la Amargura, y eso se ve en la respectiva obra dramática. Sin embargo, el tono general de su vida pública o social y de su literatura escrita

u oral, nunca deja de ser simpático y alegre. Su lectura no deprime, sino que anima y exalta. Hay escritores que ganan con la ausencia y la distancia. No es éste el caso de estos dos, en cuya compañía se debió de estar tan a gusto como se está entre sus libros. Y es que mi impresión es que, puestos a ver el lado cómico de las cosas y las personas, lo primero que veían y de lo que se reían era de sí mismos, hasta el punto de que no sé en qué medida se tomaban en serio como escritores, a diferencia de otros que se toman tan en serio su profesión que contraen la seriedad del burro. El peligro de escritores que tengan esta actitud ante el hecho literario es que cobren fama de frívolos e irresponsables, que no otra cosa cabría pensar del Foxá de las ingeniosidades de *cock-tail* o sobremesa.

En este otoño del cincuentenario de la muerte de Foxá, un par de periodistas han exhumado en *ABC* un episodio de la vida del conde en el que la frivolidad y la irresponsabilidad brillan por su ausencia. El episodio sucedió en Finlandia y fue Malaparte el primero en divulgarlo, y se refiere a los esfuerzos del Foxá falangista por evitar el fusilamiento de unos comunistas españoles enrolados en el Ejército soviético que habían caído prisioneros de los finlandeses. De ese episodio estaba yo al corriente por el presente libro, en el que está relatado con todo pormenor. Cuando alguien me comentó el artículo *Foxá y los 18 comunistas*, yo pensé que a su autor, Ignacio Ruiz Quintano, le había faltado tiempo para reseñar el libro de don Luis Sagrera, si no era que había logrado hacerse subrepticamente con las pruebas de imprenta. Quien levantó la liebre fue el también periodista Alfredo Valenzuela desde Sevilla, que poseía un ejemplar del *Diario de un extranjero en París*, donde Malaparte refiere el lance. Malaparte, que también presumía de *spiritoso*, de ingenioso, sentía por Foxá una especie de admiración doblada de envidia. Ya vimos la frasecita que deja caer en *Kaputt* para dar a entender que, si no en ingenio, él le gana al conde en inteligencia. La “envidia mimética” entre Curzio y Agustín la explicaría hoy muy bien René Girard, pero nada la plasma como la conocida réplica que le dio Agustín a su amigo cuando éste, desde su egolatría condescendiente, le confesó: “Si yo no fuera Malaparte, me gustaría ser Foxá”. Y Agustín replicó: “Y si yo no fuera Foxá, me gustaría ser Bonaparte.”

Por mucho que yo haya tratado de evitar ese lugar común que son las anécdotas de Foxá, no he podido impedir que ésta se me

escapara. Y es que el buen humor de Foxá se impone hasta en los momentos más trágicos y, quiera que no, es tan lapidario que casi siempre tiene la última palabra. Claro está que un personaje que tiene tan alta opinión de sí mismo como Malaparte y que ha pasado y repasado la escala cromática del espectro ideológico, suele ser harto vulnerable ante quienes lo superan en ingenio. Otra vez fue su adversario nada menos que Louis-Ferdinand Céline el que, parodiando el conocido verso de Victor Hugo en *Les châtiments* que dice “Déjà Napoléon perçait sous Bonaparte”, le asestó el siguiente botonazo: “Déjà Caméléon perçait sous Malaparte...”

Es de suponer que, en este caso, la última palabra de Kurt Suckert sería *Touché!* al tiempo que saludaba con el florete y se quitaba la máscara que en ese momento llevara puesta.